

ramos.... tu hermano y yo... el castigo; él por haber marchitado mi pureza... y yo por débil.

Después, dirigiéndose á Laura, le dijo: "Amiga, huye de la seducción," y expiró.



UNA TRAICION Y UNA VENGANZA.

EL CONCIERTO (1)

Se daba una noche en una casa, un magnífico concierto instrumental y vocal, al que asistían las más distinguidas familias de México. La función estaba dispuesta con el mayor lujo posible, y el local donde debía verificarse, era una sala bastante espaciosa, iluminada al estilo de la época, por un hermoso candil de cristal, en que ardían diferentes luces, combinadas con otra multitud, que puestas en elegantes

(1) Las escenas que vamos á referir son tomadas de un caso cierto, sucedido en México; hemos omitido, sin embargo, algunos incidentes, y variado el nombre de las personas, pues nuestro objeto no ha sido otro que el de escribir una novela.

candelabros, se repartían por el resto de la pieza. Aquella luz era más que suficiente para dejar ver un cielo raso de buen gusto, y los lujosos y exquisitos cuadros que rodeaban la sala, representando algunos pasos del antiguo Testamento. Como se esperaba mucha concurrencia, se habían dispuesto las sillas en tres órdenes ó hileras, para poder contenerla. En las puertas de los balcones se veían ricas colgaduras encarnadas y blancas, sostenidas por flechas de latón, llenas de relieves. Al frente de la puerta por donde se entraba, estaba colgado un magnífico piano inglés de cola, de voces abriantadas y muy sonoras: el teclado era de toda la extensión, y la madera del piano, la llamada de rosa. En el centro de la sala se veían varios atriles, para los papeles que se habían de tocar.

A las ocho y media de la noche, la sala estaba completamente llena de un numeroso concurso: las señoras, luciendo sus suntuosos vestidos y adornos, daban un encanto mayor á la función: sedas y terciopelos, blondas trapeadas, oro y pedrería, era en la mayor parte, con lo que estaban adornadas; en todo brillaba el buen gusto. Entre las señoras que allí estaban, se veía una joven que apenas rayaría en los dieciocho años. Su fisonomía era dulce y expresiva; sus grandes ojos, negros, rasgados, daban gran realce á la blancura de su rostro; su tez era

suave y delicada; sus facciones, todas finas y proporcionadas; advirtiéndose en su conjunto cierto aire de bondad y candor, si bien sus miradas y sus movimientos revelaban mucha viveza, ó tal vez una secreta inquietud que la oprimía. Llevaba un vestido de seda color de rosa, y se recogía en su esbelta y delicada cintura un "sobre-veste" de punto blanco trapeado. Por sobre de su pecho pasaban de uno á otro lado unos cordones violados, entretejidos en forma de red, y la fina "camisola" de su vestido dejaba ver un seno de alabastro, y aun se notaba su respiración. Un grueso hilo de ámbar rodeaba su garganta, tan blanca, tan tersa y bien formada, que parecía la de la Venus de Fidias. Sus torneados brazos estaban cubiertos, hasta la mitad, por un guante de seda blanco, bordado de oro y acero: su negro y largo pelo, en fin, hecho rizos, le caía sobre la espalda.

El concierto comenzó; los jóvenes filarmónicos, que ocupaban el centro de la sala, comenzaron á tocar la brillante obertura de "Norma." Los suavísimos acentos de aquella pieza, llena de melancolía y de expresión, llamaron la atención general, inspirando bien pronto, aun en los pechos más helados, sensaciones dulcísimas del todo nuevas, porque la música, y sobre todo la de "Norma," habla al corazón, y despierta las ilusiones que yacen dormidas en su

fondo. Concluída la obertura, la sala quedó más despejada, pues los jóvenes filarmónicos salieron de allí con sus instrumentos y entonces siguió la parte del canto. Una señorita acompañada del piano, cantó una aria coreada, concluyendo con la de "Casta Diva." La dulzura de su voz era tanta; recorría con tal facilidad una escala desde la nota más grave hasta la agudísima; y su voz firme, melodiosa y llena de expresión, sostenía tanto una nota, que al tiempo de concluir, recogió miles de entusiasmados y sinceros aplausos. Mientras pasaban estas escenas, la joven de que hemos hablado, permanecía á ratos con los ojos bajos, y otros los levantaba y los dirigía á la puerta, y en seguida se ruborizaba, y volvía á inclinarlos; porque sus miradas se dirigían á dos hombres que se hallaban de pie á la entrada del salón. El uno era joven, de regular presencia y elegante vestido; sus facciones se alteraban frecuentemente, y su fisonomía revelaba algún pesar secreto.— El otro era más entrado en edad; pero su vigor y su presencia eran de un joven. Los dos entre sí se miraban siniestramente, y en sus ojos se leía una oculta conmoción. Cuando concluyó el canto, salió al corredor el joven, y se empezó á pasear á lo largo; á pocos minutos salió el segundo, y con tono afectuoso le dijo:

—¿Qué le ha parecido á vd. el concierto?

—Bueno.

—¿No más bueno?

—Todo lo que vd. quiera.

—Pues á mí me ha parecido excelente.

—Lo mismo á mí.

—En esta señorita he creído oír á la ponderada Pellegrin.

—Está bien.

—Supongo que vd. está un tanto incómodo, y por eso me retiro.

—Corrientes.

—Porque tal vez de lo contrario... reñiríamos.

—Corrientes.

—No tengo muy buen genio.

—Ni yo tampoco.

—Pues vale más evitar un disgusto.

—Como vd. quiera.

—Quede vd. con Dios.

—Gracias.

Y ambos se separaron; pero antes se lanzaron una terrible mirada.

A las once de la noche se tocó la grande obertura del acreditado compositor mexicano D. Juan Beristain, cuya muerte, á los veintitrés años de su edad, segó las esperanzas que tenían sus compatriotas, de presentar un genio músico, sólo comparable con Rossini ó Donizetti.

Después siguieron otras piezas de canto, sacadas de óperas bufas, como el "Elixir de amor," la "Escaramuza" y "Beti." La joven

de que hemos hablado, salió con otras señoras al corredor, porque deseaba el fresco, y al verla, se reunieron los hombres de la conversación anterior. Luego se dejaba ver que eran dos rivales, pero aún no llegaba el tiempo en que haciendo proezas de valor, conquistaran á punta de espada la mano de la señora de sus pensamientos.—Isabel, dijo el mayor de ellos, habeis estado triste en el concierto, y á fe mía, que no ha habido función de más gusto.

—No, no he estado triste, por cierto.

—Tal me ha parecido, dijo el joven; ni cómo podía estar triste Isabelita, cuando no tiene sino muchos motivos de gozo y alegría. ¿No es verdad, Isabel? Después, con amarga ironía, prosiguió: No dudo que lejos de estar triste Isabelita, mil ilusiones risueñas ocuparán su mente. ¡Tiene tanto atractivo la riqueza! ¡Eso de relacionarse con personas de alto quirio, es muy halagüeño!

—Enrique, dijo Isabel sonrojándose, hablais de broma, pero...

—¡De broma! No, Isabel, me lo dicta el corazón, y vos lo sabeis.

Durante este diálogo, las otras señoras hablaban entre sí del concierto, y el rival se había separado, para saludar á un general que salía del salón. Isabel y Enrique conversaban en voz baja.

—Os decía, Enrique, continuó Isabel, que

sois en extremo ligero para juzgar con tanta facilidad.

—No señora, no es ligereza. ¡Ojalá lo fuera! No llevara entonces en el corazón esa espina punzante, esa agonia lenta y bárbara que me destroza.

—Yo os juro que son frívolos vuestros recelos, son infundados.

—¿Lo jurais?

—Por mi honor, Enrique.

—De lo contrario... no respondo de mis acciones... venganza... sí, pero venganza horrible... ¿Lo oís?

En este momento cesaban las armonías de la música; el concierto había concluido, y muchas personas salían de la sala. Enrique se aprovechó de la multitud, y acercándose á Isabel, le dijo con emoción:

—Isabel, acordaos de vuestro juramento. ¿Me prometéis constancia?

—Sí.

—¿Jurais que despreciareis á D. Juan y sólo sereis mi esposa?

—Sí, sí, todo lo juro.

—Dadme vuestra mano... Isabel, concluyen mis penas. Desde ahora os amo más, porque ya no tengo temores. Adiós.

—Supongo que el sábado ireis á casa.

—Sí iré.

—Cuidado con faltar. Adiós, Enrique.

Discretamente estrechó Enrique la mano de Isabel, y se ausentó ya sin temores de inconstancia por parte de su querida.

A las doce de la noche salían Isabel y D. Juan, con el resto de la familia.

II

"Triste de aquel que de mujeres fia."

Ocho días habían pasado de estos sucesos; la calma y la tranquilidad habían renacido en el corazón de Enrique, que había gozado muchas horas de inocente conversación con Isabel. Mas siempre al despedirse le exigía los mismos juramentos de constancia.

Una mañana se dirigía Enrique á la casa de su amada, cuando encontró un amigo.

—¿A dónde te diriges? le preguntó éste.

—Voy á visitar á Isabelita***

—Estará contentísima... Sabes, me repugna la dichosa Isabelita, por su vanidad... casarse sin amor... sólo por el interés...

—¿Cómo! ¿Con quién se casa?

—Toma. ¿Pues que no lo sabes?

—Nada sé.

—Pues señor, escúchame: la pretendía no sé quién, y ella correspondió; pero el novio era pobre, y esto bastó para desagradarla: un medio rico, D. Juan*** se presentó ofreció dinero, y... pero ¿qué te sucede, Enri-

que? Tú pierdes el color, y se te encienden los ojos... Apostaría á que eres el amante desechado... Si es así, tienes razón...

—Dime, exclamó Enrique conteniéndose, ¿es cierto lo que dices?

—Como estar tú parado.

—¿Pero en qué te fundas?—No lo dudes, Enrique; mi hermano va á ser testigo, y esta noche es el casamiento.

—¿Esta noche?—A las ocho. Vaya, que siendo tú visita de la casa no lo sepas, es muy extraño. Nada, lo dicho, tú eres el novio.

—¿No me engañas, hombre?

—Dale: ¿quieres más pruebas?

—Sí quiero.

—Mira: allí viene un criado de la casa; le preguntaremos.—Dispense vd., amigo, ¿qué fiesta hay en la casa?—Que se casa la niña con el Sr. D. Juan*** en esta misma noche. Ya viene el repostero, que ha de poner el refresco.—Gracias, amigo.

El criado siguió su camino.

—¿Lo ves? Te has quedado atónito con la noticia.—Adiós; nos veremos.

—Espera un rato.

—No puedo, adiós.

—Mal te fué con tu querida.

—Pero aún queda un recurso...

—Sí, ¿cuál es?

—La venganza.

—¿Qué disparate! ¿Vengarse de una

mujer! Vaya... Adiós, Enrique, y no olvides este verso:

"Triste de aquel que te mujeres ía."

III

DUDAS

Se separó Enrique de su amigo, sin saber lo que le pasaba, porque aquella fatal noticia lo había trastornado. Su frente ardía, sus ojos estaban inflamados, y respiraba con dificultad. A veces se resistía á dar crédito á lo que acababa de oír, porque le parecía imposible que Isabel faltase á los repetidos juramentos que le había hecho, de eterna fe.

—Es imposible, (decía, paseándose en su habitación, y hablando consigo mismo) es imposible tal inconstancia... Isabel me ama, me lo ha jurado... y sería necesario que tuviera un corazón de hiena para engañarme. Esta sería una conducta horrible... y no es capaz Isabel, no... Perdóname, Isabel mía... el que por un instante haya dudado de tu fe... pero... soy un necio... ¿no he oído á su criado? ¿No he visto con mis propios ojos los preparativos de la boda? ¡Oh!

Y Enrique se golpeaba contra las paredes, se mesaba los cabellos y derramaba llanto.

—¿Boda dije?... No, no habrá boda...

sangre... sí, sangre es lo que deseo, y la derramaré á toda costa... con mi mano. Yo veré á mi odioso rival... le clavaré en el pecho un puñal... y le despedazaré el corazón; y cuando él se revuelque en su negra sangre... conduciré á aquel lugar á Isabel... y le diré: mira á tu amante ó á tu esposo... acércate... ese lago de sangre es tu... tálamo nupcial. ¿Lo entiendes? ¿No querías unirme con él? ¿Pues qué te detiene? Y caería también sobre ella... y me gozaría en sus tormentos... y sus gritos de agonía... me serían tan dulces... como el canto epitalámico... me recrearía en sus convulsiones horribles... y... Mas... ¿qué digo? ¡Desdichado! ¡Oh tormento! ¡Oh furia de los celos... Isabel es inocente, y yo un débil... pero... y lo que he oído... lo que he visto... no cabe duda... es cierto, es cierto mi mal. ¡Oh Dios mío!

Enrique cayó desvanecido en un sillón; cerró los ojos, y un sudor frío cubría su rostro; de cuando en cuando se estremecía y apretaba los puños. Una hora después salió de su abatimiento, estaba pálido, y tenía el cabello erizado.

—Valor y serenidad, dijo levantándose. Yo me convenceré por mis propios ojos. Asistiré esta noche á su casa. Si es falso lo que se me ha contado, si Isabel me ama... yo seré su eterno adorador... pero si fuese cierto... entonces... mi venganza será

horrible. Sí, lo juro. . . . Isabel no llegará al tálamo nupcial.

IV

REALIEDAD

A las nueve de la noche del día en que pasaron las escenas referidas, se observaba en el patio de la casa de Isabel un bullicio raro. Los criados entraban y salían con precipitación, y algunas familias, lujosamente puestas, se dirigían á una sala ricamente adornada. Después de un momento entraron á ella un eclesiástico y tres acólitos, con un mozo, llevando en una bandeja los paramentos religiosos.

—Todo está dispuesto por mi parte, dijo el sacerdote después de saludar á la concurrencia: ¿falta algo por la vuestra?

—Sólo la novia, respondió D. Juan*** alargando la mano al ministro sagrado.

—No habrá concluído sus adornos.

—Aquí la teneis.

Isabel se presentó con la mayor elegancia, y su llegada causó un murmullo entre la concurrencia.

—Sólo á tí se te aguarda, Isabel, dijo un calvo anciano, que era su tío; pues Isabel quedó huérfana desde muy niña.

—Ya estoy dispuesta, dijo á media voz. El sacerdote se revistió, los acólitos to-

maron los ciriales, se les dieron luces á los novios y á los padrinos, y se comenzó la ceremonia de dar las manos. El ministro leyó las oraciones rituales; le hizo á Isabel las preguntas acostumbradas, y al llegar á aquella: “¿Teneis dada á otro palabra de casamiento?” ambos novios se miraron furtivamente, y no respondió Isabel. El sacerdote reiteró su pregunta; Isabel palideció, y dirigió sus ojos á un grupo de gente que se hallaba en la puerta, presenciando la ceremonia; los bajó luego, y con voz cortada, dijo: “No.”

—Luego quereis, continuó el cura, recibir por compañero y esposo á D. Juan***

—Sí, respondió Isabel.

En este momento se oyó en el patio claramente una voz que cantaba: “La perjura esposa no llegó al tálamo nupcial: la venganza cayó sobre ella.”

Isabel se puso pálida, y su esposo se estremeció involuntariamente; pero los concurrentes nada observaron, y la ceremonia concluyó.

Después de un exquisito ambigú, se retiraron los convidados, y D. Juan también salió, habiendo sido citado para la “velación,” al otro día, á las seis en punto.

Un hombre embozado siguió á Don Juan; la noche estaba obscura y horrorosa, y el viento soplaba con furia. Al llegar á una esquina por donde debía pasar, cuatro hom-

bres robustos lo sorprendieron; quiso gritar, pero uno de ellos le tapó la boca, y lo amenazó con un puñal. El hombre embozado mandó á los otros que le vendaran los ojos; así lo hicieron, y después de bien sujeto, lo metieron en un coche, que allí estaba prevenido.

—Vamos, dijo el embozado, os espera vuestra virtuosa esposa. Ya vereis vuestro tálamo nupcial.

El coche partió, y el hombre oculto dijo con risa amarga: “Me he vengado, y soy feliz.” Era Enrique.

V

EL DÍA DE LA VELACIÓN

Enrique condujo á D. Juan, en aquel coche, á una casa distante de la ciudad; lo encerró en un cuarto, y con aquella seguridad, se dirigió al amanecer á la casa de Isabel. Esta no había podido encontrar el reposo; los remordimientos la atormentaban, y parecía que herían sus oídos aquellas palabras de Enrique: “La esposa perjura no llegó al tálamo nupcial; la venganza cayó sobre ella.” Había conocido la voz de Enrique, y temblaba por el cumplimiento de aquella amenaza. Permanecía triste en una pieza, acompañada de una amiga, que le daba los parabienes por su boda, cuando se oyeron

en el patio unas pisadas.—Ha llegado D. Juan, dijo la amiga.

—Has sido muy puntual, amigo mío; dijo Isabel al caballero que entraba.

—No te agradará mucho mi puntualidad, contestó el hombre.

Isabel iba á lanzar un grito, pero Enrique lo impidió.

—Isabel, le dijo Enrique, no te asustes, “amiga mía;” vengo á darte los parabienes por tu boda.

—Retiráos, señor, contestó débilmente.

—¿Que me retire? Serás obedecida. Pero dejando á un lado el sarcasmo, escucha, Isabel, y luego me retiraré. Había un hombre en la tierra, que era feliz, porque amaba á una mujer hermosa como el cielo al despuntar la aurora; y todo su porvenir, todo su embeleso, era llamarla esposa, estrecharla contra su corazón... para que sus latidos le revelaran toda la intensidad de su amor... porque su amor era inmensurable como el espacio, profundo como los abismos del mar... ¿Lo oyes, Isabel? La amaba con toda su alma... con todo el vigor y el entusiasmo de un pecho virgen y virtuoso... y mil años de vida hubiera dado... por gozar un sólo momento la dicha inefable de llamarla esposa... vivir con ella... respirar su dulce aliento... ¿qué digo? besar donde ponía su planta... le habría sido más venturoso... que dis-